

## INFORMACION BIBLIOGRAFICA

*Caturelli, Alberto*: EL NUEVO MUNDO (\*)

Este reciente libro de Alberto Caturelli, escrito entre junio de 1988 y diciembre de 1989, es fruto de una antigua preocupación, tanto que hasta se confunde con su propia vida interior. Desde 1951, América y el pensamiento hispanoamericano están en el centro de su reflexión filosófica.

*El Nuevo Mundo* responde, simultáneamente, a la llamada de Su Santidad Juan Pablo II con motivo de la celebración del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América. La extensa reflexión de Caturelli es, pues, una efectiva y afirmativa respuesta a la conmemoración de la epopeya mariana y española.

Toda la obra supone y expresa una metafísica, una concepción de la historia y una actitud teológica ya explicitadas en anteriores escritos.

Con prólogo de Monseñor Dr. Octavio Nicolás Derisi, en el que destaca tanto el rigor y la seriedad de *El Nuevo Mundo* como la competencia y el prestigio de Alberto Caturelli, se inicia este libro, compuesto de once capítulos distribuidos en tres partes: *El Nuevo Mundo y la conciencia cristiana*, *El Nuevo Mundo y la evangelización* y, en tercer lugar, *El Nuevo Mundo. Presente y futuro*.

Una exposición geográfica e histórica del continente americano en cuanto espacio cósmico que contiene el objeto a indagar, y al que configura en cierto modo, inicia los prolegómenos al descubrimiento. Iberoamérica «por el Oriente, mira hacia la costa afroeuropea y hacia el Mediterráneo que allende las columnas de Hércules (pero vistas desde la "mar Océano") guarda las fuentes de la cultura clásica; por el Occidente mira, en cambio, hacia el inmenso vacío del Pacífico». Un mundo aislado de los otros continentes durante milenios, mágico y en estado de inmediatez con todo lo que hay (precrítico).

---

(\*) Universidad Popular del Estado de Puebla (México) y EDAMEX (Editores Mexicanos Asociados), México, 1991, 453 págs.

Por su parte, Iberia miraba simultáneamente, hacia las fuentes de la cultura occidental por el Oriente, y hacia el inconmensurable espacio de la «mar Océano» por el Occidente. De ahí la predisposición «para la apertura y expansión cognoscitiva y descubridora». El *mare nostrum* permanecía abierto al *mare incognitum* inmenso y oscuro, salvado solamente por la perspicacia y la intuición del Almirante. Premoniciones de la existencia de otro mundo geográfico y humano, antiguas y mitológicas, pasarían a la cultura latina, recogándose en la Edad Media y en el Renacimiento. Pero lo anunciado oscuramente sólo sería develado por la España católica.

Para cierto estructuralismo de fondo materialista, tributario del antisustancialismo de una «antropología cultural» que «ha transpuesto el método lingüístico a la etnología (...), América no ha sido descubierta», porque todo se habría limitado a ser «un mero "encuentro", no-personal, entre "culturas" diversas pero del mismo nivel». De donde se sigue que la pretensión de «formular el más mínimo juicio de valor comparativo, significaría caer en el pecado mortal del "etnocentrismo" y, para muchos, en el dominio (dialéctico) de una cultura invasora sobre otra dominada, pero del mismo valor». Caturelli sostiene que no se trata de un mero hallazgo, ni de un mero encuentro, sino de un descubrimiento, develador, temporal y progresivo; de una transfiguración personal por la conversión de cada singular.

Si la América no descubierta era un mundo caracterizado por una conciencia primitiva inmersa en la indistinción del todo, es claro que nada podría decir. A la manera de continente mudo, sería «una suerte de cuasi no-ser, pues la pura y simple presencia muda, es como si nada, lo puramente "originario"». Esta América *originaria* sumida en la indistinción mágico-primitiva, supuesta, secreta y muda, comenzará a decir algo a alguien desde que es descubierta, develándose su ser por apertura de la originalidad que inaugura la *originalidad* emergente y nueva, siempre progresiva, que hace de Iberoamérica ella misma, realmente un Nuevo Mundo.

«El acto de descubrimiento, inicial y progresivo, se ha producido en el presente de la conciencia de un hombre que responde a su propio nombre: Cristóforo, "el que lleva a Cristo", el Almirante, que se autoconsideró siempre como mensajero de la Providencia, un enviado obediente que lleva la Palabra. De ahí que el descubrimiento del Nuevo Mundo fuera un acto de la conciencia cristiana, conciencia sobrenatural iluminada por la fe y dirigida a Cristo. Es la conciencia del hombre "nuevo" del Evangelio de

la "nueva creatura" de San Pablo, mariana, misional y evangelizadora, desmitificadora y transfiguradora del mundo precolombino. Conciencia descubridora que implica lo griego, lo romano y lo hispano sobrelevado todo por la tradición cristiana».

«Con el descubrimiento del Nuevo Mundo por la conciencia cristiana (que es la conciencia de la cultura greco-romano-ibérica y católica) comenzaba el período de la hispanidad». A las dos horas del viernes 12 de octubre de 1492, la conciencia cristiana comienza la ampliación del Occidente, nuevo Occidente para la *paideia* en Cristo.

No falta una amplia reflexión sobre la conciencia del hombre precolombino en su mundo mítico-mágico, encubierto y aislado. Caturelli expone la visión del mundo —precrítica— de los pueblos de Mesoamérica, de los del área Andina y de los de América marginal, para pasar luego a la consideración crítica del «relativismo cultural», de corte estructuralista, por considerar al mundo precolombino como de un mundo inmoldado.

Tras el estupor y la perplejidad de los indígenas ante la primera llegada de los españoles, los términos de lo que Caturelli llama el «drama de la conciencia cristiana» comienzan a percibirse tras el segundo viaje de Colón. Siendo la evangelización el fin principal —catequizar, administrar los Sacramentos, enseñar a leer y a escribir, eran deberes de la conciencia católica española—, malos tratos y explotación no pudieron ser evitados en primera instancia. Este es el drama de la conciencia cristiana que Caturelli no elude, sino que estudia y expone a la luz de la *Inter Caetera* del Papa Alejandro VI, de la Instrucciones del Emperador, de la Carta de Julián Garcés y de la bula *Sublimis Deus* de Pablo III, de las Leyes Nuevas y de la Juntas de Valladolid. «Aquel inmenso, meticuloso y profundo examen de conciencia —escribe Caturelli—, al que es refractario el imanentismo secularista moderno y contemporáneo (y de ahí su incompreensión total) era, sin embargo, esencial. Lo que para Isabel, Fernando, Cisneros, Carlos V, Motolinía, de Córdoba, Zumárraga, Hernán Cortés o Hurtado de Mendoza, eran graves problemas de conciencia, para el practicismo empirista secularizante no pasan de ser máscaras de una desenfrenada ambición de poder y bienes materiales. Paradójica acusación que proviene de quienes no reconocen otros valores que los valores mundanos». Lo esencial siempre fue la extensión del Evangelio, a pesar de la inevitable tensión sobre el bien que quiero y no hago y el mal que no quiero y hago que con tanta elocuencia, viveza y perspicacia analizará San Pablo en la Epístola a los Romanos 7, 15-19.

... Descubrimiento progresivo, mestizaje tanto somático como espiritual, fundación de ciudades, de instituciones de gobierno, de escuelas y universidades (...). La originalidad iberoamericana estaba en marcha, y en germen lo más occidental de la cultura de Occidente, y hasta más fiel a España que España misma en el periodo de Fernando VII, época de la Independencia.

Caturelli esboza lo enseñado por el Magisterio ordinario de la Iglesia desde Alejandro VI hasta Juan Pablo II en torno a Hispanoamérica católica. La esperanza pontificia en el futuro histórico de estas Españas más occidentales exige, pues, reflexionar acerca del fundamento del Nuevo Mundo, para lo cual nuestro autor medita sobre la naturaleza misional del Cuerpo Místico con el fin de penetrar a fondo en la epopeya evangelizadora. Caturelli realiza una reflexión crítica sobre la degradación del carácter misional de la Iglesia en el protestantismo del siglo XVI, en Karl Rahner, en las «teologías» de la liberación y de la revolución, poniendo de manifiesto que la interpretación imanentista del descubrimiento, la conquista y la evangelización de América evidencia los prejuicios contra la Iglesia y contra España.

Las religiones precolombinas como no-inculpables (idolatría, politeísmo, hechicería y magia), es otro de los temas desarrollados.

La teología mariana de la evangelización, recorriendo toda la obra, tiene un capítulo especial, admirable y muy piadoso. La centralidad de la Virgen María en la evangelización de América, su sublime Maternidad que hace del Nuevo Mundo la cristiandad mariana hispanoamericana, hacen de Ella sello indeleble y columna espiritual de América católica, continente de la esperanza en la medida de su fidelidad a su «tradición integral», a su destino histórico como nuevo Occidente, realidad nueva y original.

Solamente si Hispanoamérica, hoy acosada material y espiritualmente, sabe ser fiel a su vocación, manteniendo y defendiendo, responderá al mundo con una nueva evangelización, empresa espiritual grande, difícil y posible. «Es el alba que se avecina. Como la tenue claridad del horizonte por la cual suspira el centinela, Iberoamérica está en estado de vigilia ante el amanecer que llega y que en cierto modo lleva consigo». Palabras finales de Caturelli a su magnífico libro, profundo por su doctrina, disposición y método, además de por interdisciplinariedad y rigor bibliográfico y documental.

Una vez más, Alberto Caturelli merece nuestra felicitación y nuestro más profundo agradecimiento. Su amor a España católica y a Iberoamérica católica así lo exige.

JUAN MANUEL DÍAZ TORRES.